

LA OLLA DE KARIO

Por **ELENA WELCH**

ESPERANZADO, Kario miró el rostro de su madre.

-¿Todavía no ves venir los carros de caña? -preguntó-. ¿O crees que pueden haber pasado mientras dormíamos?

La madre de Kario sacudió la cabeza, fatigada.

No, no los veo respondió-. Y no pueden haber pasado, porque yo los habría oído. Yo no estaba durmiendo.

Kario se dio vuelta para ocultar sus lágrimas. El sabía lo que ella quería decirle. A él también le había costado trabajo dormir, con el hambre que le quemaba el estómago como fuego.



La familia de Kario vivía en una sección muy pobre de la isla de Haití. Su madre, viuda, había sido inválida la mayor parte de su vida. Kario y su hermano menor, Pierre, habían trabajado en tareas domésticas para el dueño de una de las plantaciones de azúcar. Pero hacía dos semanas que el dueño de la plantación se había mudado, y Kario y Pierre no podían encontrar otro trabajo.

Hacía casi una semana que todo el alimento que la familia había podido conseguir eran los trozos de caña que caían de los carros que pasaban de la plantación hacia el mercado, y que los muchachos recogían.

-Voy a ir hasta la calle -le dijo de pronto Kario a su madre-. Desde allí podré ver mejor cuando vengan los carros.

-Muy bien -suspiró la madre-. Pero puede ser que hoy no vengan los carros. Puede ser que ya haya terminado la cosecha de caña.

Kario trató de librarse del nudo que se le hacía en la garganta. ¡Que las carretas no iban a pasar! ¡Tenían que pasar! El muchacho salió apresuradamente y se hizo sombra a los ojos con la mano para protegerse del sol fuerte que le impedía mirar lejos. Pero, hasta donde alcanzaba su vista, el camino estaba desierto. Quizás su madre tenía razón, pensó Kario desesperado. Tal vez la cosecha de caña ya había terminado, y las carretas no volverían a pasar.

Kario estaba a punto de volver a la casa cuando oyó un ruido. Con la esperanza de ver las carretas, volvió rápidamente. Pero era sólo su amigo Cristóbal que venía por el camino.

Cuando éste se acercó, Kario se lo quedó mirando, o mejor dicho se quedó mirando lo que Cristóbal llevaba. Era una especie de trineo tosco con una olla de hierro atada a él.

-¿Dónde vas con eso? -le preguntó Kario señalando esa especie de carrito con la olla.

-A conseguir alimento -le respondió sonriendo muy feliz Cristóbal-. Una olla entera llena de alimento para llevar a casa.

Kario pensó que no había escuchado bien. ¿Dónde podría conseguir alimento Cristóbal? Nadie tenía alimento, excepto los obreros de la plantación, y ellos no lo iban a regalar.

-Nadie te va a dar alimento, Cristóbal -le dijo ásperamente Kario.

¡Sí, me van a dar! -insistió Cristóbal-. Los adventistas de la misión dan mucho alimento. Consíguelo una

olla y ven conmigo. Yo te voy a mostrar.

-¡Lo voy a hacer! -gritó Kario. Entonces recordó que ya no tenían ni siquiera una olla. Pierre la había trocado la semana anterior por leche de cabra.

-Tal vez mamá tiene algún recipiente por allí que yo no sé -pensó Kario, y se apresuró a ir a preguntarle.

Pero la madre sacudió la cabeza.

-No, hijo, no tenemos ningún recipiente de ninguna clase, solamente dos pedazos de un plato roto.

Lentamente Kario volvió al camino donde lo esperaba Cristóbal.

-No puedo ir contigo -le dijo-. No tenemos una olla.

Cristóbal siguió andando por el camino. Kario se quedó mirándolo. Después de unos instantes Kario también se echó a andar por el camino.

-Yo voy a ir para ver si realmente Cristóbal consigue alimento -pensó Kario-. Yo no creo que haya una misión adventista.

Pero Kario estaba equivocado. Pronto llegó a un recodo del camino. Cuando lo pasó, vio un edificio blanco alargado. En frente del edificio había mucha gente reunida, y uno de los hombres le hizo señas a Kario para que se acercara.

-Tú has venido a buscar alimento -le dijo el hombre sonriendo. Kario sacudió la cabeza.

-Yo no tengo olla -le respondió entristecido.

Pero el hombre lo tomó por el brazo y le dijo:

-Ven, primero tienes que comer. Luego vamos a buscar una olla.

El hombre lo llevó dentro del edificio y lo sentó junto a una larga mesa, con un grupo de niños.

-Ahora, agradezcamos a Jesús por el alimento -dijo el hombre.

Kario no sabía lo que el hombre quería decir, pero inclinó la cabeza como vio hacerlo a los demás. Después de que Kario comió, el hombre le entregó un balde azul lleno de alimento,

-Este balde es tan bueno como una olla para llevar el alimento -le dijo-. Ven mañana para buscar más.

Kario se sentía tan feliz que apenas pudo retener las lágrimas. Recordaba cómo el hombre le había pedido que agradeciera a Jesús por el alimento.

-¿Debo agradecer a Jesús por este balde de alimento también? -le preguntó.

-Si, quizás debieras hacerlo -le respondió sonriendo el hombre-. Estos baldes los recibimos como una respuesta a nuestras oraciones a Jesús.

-¿Quiere decirme algo más acerca de Jesús que es tan bondadoso? -le preguntó Kario al hombre.

-Ven a nuestra escuela sabática -le indicó el hombre-. Allí te van a decir cuánto te ama Jesús.

- ¡Oh, sí que voy a venir! -declaró Kario-. ¡Voy a traer también a Pierre. y a mamá!

¡Luego Kario corrió a la casa para contarle a su familia acerca del bondadoso Jesús que les había dado alimento y también una olla para llevarlo.

